

Saulo

Jorge Isaacs

Freeditorial 

Todo debe ser amor.

Francisco Josef de Caldas

Al ciudadano General Julio A. Roca, Presidente de la Confederación Argentina.

A vos, hijo leal y preclaro servidor de la República, me atrevo a dedicar estos cantos -culto a lo bello, a la verdad y a lo excelso-, temeroso aún de que la ofrenda de mi gratitud al libre y grande pueblo que gobernáis sea mísera en el templo de sus glorias.

Recibidla, Señor, y presentádsela a nombre mío, si merezco tamaña honra; y decidle que si al fin llega el ya temido y acaso inevitable día en que suelo colombiano les niegue hasta una fosa a mis cenizas, mis huesos se estremecerán de orgullo y de placer al tocarlos la tierra que cubre los de Belgrano y Rivadavia.

Deseo que seáis siempre digno del amor y galardones de vuestros compatriotas, y así enseñanza solemne y ejemplo de sabiduría, abnegación y entereza, condiciones y virtudes de que tanto necesitan en la época actual los gobernantes y tribunos de las repúblicas ibero-americanas.

Jorge Isaacs.

Bogotá, 1.º de marzo de 1881.

Saulo

Canto primero

Siempre te he profesado, a la faz del mundo entero, un amor sin límites. [...] Bien sabe Dios que bastaba una palabra tuya para que yo no vacilara en precederte o seguirte, aunque hubiera sido a los abismos infernales.

Heloísa.

I

-Me la figuro en ti; ¡ya la comprendo!
Arcángel y mujer, casta y ardiente...
Safo en el alma, Débora en la mente,
con el amor humano enamorada,
ciega de amor y trémula sintiendo 5
ósculos de los ángeles que tocan
sus sienes y la veste inmaculada.
Eres tú como fue; ¡ya la imagino!
Son tus risueños labios, que provocan 10
mi sed de ti, los dulces labios suyos;
en la luz y tinieblas de sus ojos
hubo auroras y noches de los tuyos,
tristes y esquivos en eternos días...
Abrasadores en las noches mías.

II

Asemejose a ti: leve la veo, 15
de Psiquis y Diana,
de Bethsabé y Susana
conjunto y vida que forjó el deseo,
cruzar el bosque umbrío
al resplandor de fúlgidas estrellas; 20
y las auras perfuma,
y la siguen los céfiros del río

buscando flores do dejó sus huellas...
 Mas remóntase huyendo en la neblina
 de la selvosa soledad aliento, 25
 y la llama ya en vano el pecho mío,
 y en el éter la busca el pensamiento...
 ¿Suspirabas? ¿Hablé?... ¿Silbó en la brisa
 que del velamen desplegó las alas?
 ¿Qué acallados sollozos...? ¡Helóisa!... 30
 ¿Qué de su seno y su regazo exhalas?...
 ¿Es que tu amante corazón la nombra?
 ¿Eres ella?... ¿Es su sombra
 la que en mis brazos anheloso estrecho
 al comprimirte así sobre mi pecho? 35

III

Ideal, bien perdido o esperanza...
 Dichas..., presentimientos, remembranza
 del vivo amor que con el alma vive,
 que en misteriosa adoración recibe
 del genio de los dolores 40
 y en la tumba del mártir riega flores...
 Aroma errante del Edén llorado...
 Ensueño delicioso
 del poeta israelita,
 en el idioma noble y sonoro 45
 del idumeo y de David cantado.
 Sulamite, la reina en los vergeles
 de Salomón orgullo,
 de sus morenas vírgenes dechado:
 panal de limpias y rosadas mieles... 50
 Entreabierto capullo
 del rosal más oculto y oloroso
 en los huertos del Líbano sagrado:
 mansa paloma de doliente arrullo
 del Sanir en las cumbres cautivada, 55
 que enamorando llora,
 y tiembla, de su dueño acariciada,
 en los follajes que la tarde dora:
 o es Ruth la de Moab, hoy errabunda,
 indigente, sedienta, escarnecida... 60
 Respigando entre zarzas junqueras
 al teñir de la noche espigas hueras
 en el agrio desierto de la vida...

IV

¡Heloísa infeliz!... ¡Sé lo que ansiaste;
mi desgracia y orgullo es comprenderte!... 65
Si es humano el amar como tú amaste,
mi corazón pudiera merecerte,
saciar la eterna sed que no saciaste,
con tu amor infinito poseerte...
Y, ¡ah!, sólo al fin los brazos de la muerte 70
quisieron recibirte... ¡y la imploraste!
En la sublime inmensidad perdido
del océano y los cielos, la grandeza
de tu dolor y de tu amor ya mido,
cerca de Dios, aquí donde la alteza 75
del humano poder es irrisoria,
y bruma su saber, ¡polvo su historia!

V

Aquí, cerca de él, eterno y grande
como nunca la mente,
sorda, ruda, imponente, 80
de ser humano concebir podría...
Le adoro en ti, mi alivio y alegría,
luz y primor de todas sus hechuras;
y comprender me es dable la agonía,
la soledad... el luto y las torturas 85
de aquel inmenso corazón que gime,
quemando las entrañas de la tierra,
bajo el pie de la muerte que le oprime
en la tumba sagrada que lo encierra.
¡Óyelo palpitar!... Vive del hombre 90
en lo bello y fecundo,
en todo cuanto enseña lo divino
de su numen, su obra y su destino;
en ti, santa poesía, fe sin nombre,
confidencia de ángeles al mundo, 95
columna luminosa en el desierto...
Fuente de Horeb brotando en el camino,
donde la ansiosa humanidad abreva
amor y vida y esperanza nueva.

VI

| | |
|---|-----|
| ¡En esta inmensidad lo inmenso cabe! | 100 |
| En abismos sin fondo, aquel dolor cruelísimo y tan hondo... Que compararlo el alma nunca sabe; y aquí bajo la bóveda del cielo | |
| que en la vasta extensión del horizonte | 105 |
| no limita la cúspide de un monte, ni flotante jirón de leve nube que de la mar a las estrellas sube, cabrer tan sólo pudo | |
| de aquel amor el infinito anhelo... | 110 |
| De aquel amor que condenó sañudo a mudez, orfandad y penitencia... El vano amor a mentirosa ciencia. | |

VII

| | |
|--|-----|
| ¡Vanidad! ¡Vanidad!... Y del olvido apenas ha podido | 115 |
| salvar el nombre del ingrato amante la que tanto hechicera y amorosa y de las núbiles gracias radiante, concediole sin tasa las delicias | |
| de mortal no soñadas; | 120 |
| y su velo de esposa y del hijo del alma las caricias, a ocultas disfrutadas, cambió por el sayal y los cilicios... | |
| ¡Sacrílega inocente! | 125 |
| Ufana de tan duros sacrificios porque de envidia y odio el anatema ni una hoja marchite en la diadema, gloria del bardo, y gala de la frente que ósculos de la virgen fecundaron | 130 |
| y de la mártir lágrimas bañaron en horas de venturas, de embriaguez, de abandono y de ternuras. | |

VIII

| | |
|--|-----|
| ¡De otro amor inmortal, presentimiento!... | |
| ¡De un bien perdido, mustia remembranza!... | 135 |
| Panal de limpias y rosadas mieles... | |
| Mansa paloma de doliente arrullo... | |
| entreabierto capullo | |
| del rosal más oculto y oloroso | |
| de Tadmor y sus cármenes vedados... | 140 |
| Ensueño deleitoso... | |
| ¿Lloras?... ¿Por ti? ¿Por mí? Deja que aspire | |
| el olor de tus bucles destrenzados, | |
| que en tu seno castísimo respire | |
| los aromas por mí sólo aspirados. | 145 |
| Perdona que delire: | |
| ¿no deliro de hinojos, | |
| sumiso esclavo de tus negros ojos? | |
| «Sed tengo»... Sed de amor que en ti se calma: | |
| no niegues a mis ósculos tu llanto... | 150 |
| ¡Sacia esta sed que me devora el alma! | |

IX

| | |
|---|-----|
| Del regazo mullido | |
| rodó a tus plantas el poema santo: | |
| de ese amor infeliz cuentan la historia | |
| al mundo envilecido, | 155 |
| de torpes Mesalinas ruin escoria, | |
| las inmortales páginas que huellas | |
| bajo el níveo ropaje, | |
| de niña tu rencor cebando en ellas. | |
| Dámelas, Olga mía, | 160 |
| de los chilenos campos lozanía, | |
| mi orgullo, mi deleite y embeleso, | |
| y en cambio... ¡Loca!... ¡Sí!, mi más amante, | |
| hondo y ardiente y prolongado beso. | |

X

| | |
|--|-----|
| ¿Sabes, mi dulce amor, sabes si un día | 165 |
| estos mares, sus olas y sus vientos | |
| tu lloro, mis delirios, tus acentos | |
| revelarán al mundo, | |
| doliente, lastimado gemebundo, | |
| al saber nuestro amor y sus tormentos? | 170 |

¿Sabes si peregrinos
 de región en región, de clima en clima,
 pedirán nuestras fosas
 a las palmeras del desierto umbrosas
 bardos del Aconcagua y del Tolima? 175
 ¿Sabes si las zagalas sin ventura
 pedirán a los cielos tu hermosura
 y el divino poder de tu mirada?
 ¿Si a mi mente inspirada
 por ti, sólo por ti, los trovadores 180
 numen demandarán en sus dolores?

XI

¿A dó vamos? ¡No sé! ¿Tú lo adivinas?
 ¿Del Guayas a morar en las riberas?
 ¿Del Cali rumoroso en las colinas?
 ¿Del adormido Funza en las praderas? 185
 ¿Del Aures en las faldas montesinas?
 ¡A dónde al fin!...
 -Yo... ya... donde tú quieras.
 -¿Y ofende tanto amor leyes divinas?
 -¡Gozosa moriré donde tú mueras!
 La envidia vil y el vulgo, soberanos... 190
 Que venden su sanción si paga el oro.
 -Las joyas de mi cuello y de mis manos...
 Y nada para mí, sino el tesoro
 De tú alma que hirieron inhumanos;
 nada más para mí, ¡porque te adoro! 195

XII

-¿Ves cómo cruza en fatigosos vuelos
 pareja solitaria de gaviotas
 la negra mar bajo los limpios cielos,
 por tormentas del Sur las plumas rotas?
 Tal vez de Magallanes en los hielos, 200
 sobre el cano peñón de islas ignotas
 en el nido dejando los hijuelos...
 Proscritas van a playas tan remotas.
 ¡Vamos así! ¿No ves en lontananza,
 en el vago confín del horizonte, 205
 pequeño, ¡ay!, más cuanto la nave avanza,

un punto..., de tu patria último monte?
-Pero me quedas tú, mi bienandanza,
mi universo, mi vida, ¡mi esperanza!

XIII

-¿Cítaras y laúdes?... ¿Qué murmurios
de lo etéreo y lo hondo en los abismos?...

 ¿Qué divino conuento
 vuela..., vaga, suspira
en las fugaces ráfagas del viento,
y en lo insondable de la noche expira
como ahogado en tristísimo lamento?

 ¿Oyes?... ¡Oye! Retorna... ¡crece, crece!
Y en la oleada lejos desfallece.

¡Es Dios! ¡Es Dios! Contéplale; nos mira:
legiones invisibles de su trono

vuelan a tu redor: riza las ondas
el roce de sus alas, y diademas
de aljófar y diamantes les ofrece
la estremecida mar en sus olajes,
y vienen murmurando... ¡escucha!

-¡Escucho!...

-De la región sidérea en las alturas,
en el terral que perfumado pasa,
en el ronco fragor de la rompiente...
¡Es Dios! Es Dios... ¡Es Dios omnipotente!

XIV

Adórale: te admira

a ti de su creación gala y señora...
Con mi amor, a tus pies puso esta lira;
 y el estro que me inspira,
es tu mirada negra y soñadora.

Si tus ojos en lágrimas se anegan,
la noche gime, los luceros ciegan,
el cielo, antes azul, contigo llora;
y he visto que sonrías, si sonrías,
de la tierra en las rosas y alelías.

XV

Sombra son de su mano 240
 ¡Estas noches sublimes del oceano...!
 Y él la frágil proa
 guía de nuestra nave,
 y él, cuyo soplo breve
 pudiera convertir el universo, 245
 el universo todo en bruma leve,
 con hálito suave
 sobre linfas de ópalo y zafiro
 en la marina pampa el leño mueve;
 y a mí te dio, perfume que respiro, 250
 raudal do el alma enardecida bebe
 para siglos de amor, ciega, insaciable,
 de los hombres burlando el odio aleve,
 ¡Delicia inagotable!

XVI

El que soles innúmeros inflama 255
 del espacio infinito en la tiniebla,
 y de mundos la puebla
 en que sus dones pródigo derrama;
 el que creó más astros que burbujas
 hierven del torvo mar en los olajes, 260
 cuando iracundo brama
 espantoso en sus ímpetus salvajes...
 Nos ve, nos oye, te bendice y ama.
 -¡Y tú su imagen, mi Señor!
 -¡Locura!
 ¡Blasfemia del humano desvarío! 265
 Apoteosis de materia impura,
 ¡Risible vanidad del hombre impío!

XVII

Fue Dioema: quizá del blondo estío
 en las noches rientes,
 a los pies de Rael, bajo las frondas 270
 de gigantes laureles y de lotos,
 oasis de las ondas
 del Gehón y sus cisnes indolentes.

Al oírse la cítara de oro
 del hijo de Jubal en el desierto, 275
 despiertan en las vastas soledades
 agrestes ruiseñores,
 y en deliquios de amor lloran las flores:
 agítanse, soñando, en la espesura
 áureas palomas, y su amante arrullo 280
 de ribera en ribera repetido,
 y de amor en amor, de nido en nido...
 Desmaya en el ondear de las colinas,
 lejos entre las nieblas azulinas...

XVIII

Mujer, ¡toda mujer, toda belleza! 285
 Ni lodo ni proscrita pecadora,
 ni cómplice de mal ni malhadada;
 los deleites y vida que atesora
 la dio naturaleza,
 y fue para el amor y el bien creada. 290
 Esas formas purísimas bruñeron
 a la bermeja lumbre de la aurora
 las linfas del Gehón y sus espumas,
 y vírgenes esclavas las ungieron
 con óleos de azahares y de nardos. 295
 Reclinada en cojines de vellones,
 melenas de leones,
 sobre sedosas pieles de leopardos,
 vienen de los jazmines y palmares
 canarios jugueteros 300
 a picar sus ajorcas y collares;
 y las ocultas y mejores perlas,
 -tan granadas al verlas-
 recoge la paloma favorita
 con maternal cariño 305
 en el nido de rosas y de armiño,
 y sobre el seno túrgido palpita...

XIX

Burlan los tulipanes amorosos
 su corta veste si en los bosques vaga,
 y tiéndense a sus plantas humildosos 310

los ciervos, y lamiéndolas le adulan,
 si el dardo volador herir amaga:
 dē ella en los acentos,
 hay trinos que modulan
 los turpiales canoros, 315
 murmullos de raudal, risas y lloros,
 amante frenesí que blando halaga...
 Sollozos de placer, dulces tormentos...
 Suspiros de la tarde que se apaga.

XX

Ya del muelle avestruz, sobre lo blando 320
 del lujoso plumón, salta ligera,
 y cruza como a vuelo en su carrera
 la riscosa y vastísima llanura,
 descogidos al viento los cendales,
 arreboles purpúreos y de ámbar, 325
 tocado de la libre cabellera,
 de los hombros y el cinto virginales.
 Ya pensativa, en dejadez, ardiente...
 Con sigilo se asombra en la espesura
 de lianas y cedros colosales. 330
 ¿Qué adivina? ¿Qué sufre?... ¿Qué presiente?...
 Del remanso en los lípidos cristales
 con ansia, sin testigo, sin zozobra
 contempla su hermosura...
 El manto de la noche, sus cabellos: 335
 el lujo sideral de las de Oriente,
 sus tinieblas, arcanos y destellos
 sobre las aguas del Phisón tranquilas,
 en las brunas pupilas:
 como tintes del alba ruborosa... 340
 Y el nácar y encarnado pudibundo
 del caracol marino,
 al rodarse la veste que desata
 la mano temblorosa...
 ¡Qué deidad!... Del remanso en lo profundo 345
 Se estremece el trasunto peregrino.
 ¿Para qué fue creada tan hermosa?...
 Esos lánguidos ojos que la ofuscan...
 Esos húmedos labios que sonrían...
 La besan los plumajes de las cañas, 350
 las ovas florecidas y espadañas:
 picaflores en ella mieles buscan...

Y del peñasco enhiesto en los festones,
 mirándola revuelan los alciones.
 ¿Qué susurros y olor en el ambiente?... 355
 El bosque la respira...
 Nimbo el rayo la da del sol poniente,
 la soledad en éxtasis la mira...
 ¿Qué alienta? ¿Qué adivina? ¿Qué presiente?
 Hay gérmenes de Dios en sus entrañas: 360
 hay para siglos numen en su mente:
 hierve en sus venas sangre de legiones...
 Es luz, amor, clemencia... gloria, gozo...
 Hay en su seno savia de naciones:
 ¡es lágrimas..., es madre, es alborozo! 365

XXI

-¡Saulo!... ¡Saulo de mi alma!
 -¡Heloísa!... ¡Dioema: fue Dioema!
 Resonaba la cítara de oro
 del hijo de Jubal, cuando la luna
 en los remotos mares se adormía, 370
 y del cantar sonoro
 la deleitable y férvida armonía,
 que en mudo arrobamiento
 oyó en los antros el nocturno viento
 vibrante y poderosa, 375
 Ya trémula, voluble, vagarosa...
 En acordes dulcísonos desmaya.
 ¡Solos están allí con su ventura!
 Él, Señor de la tierra, esclavizado;
 ella, ensueño de Dios... ¡tan bella y pura! 380
 Solos están allí sobre el collado
 de las lejas orillas atalaya,
 cabe los troncos del florón ingente
 de dátiles y erguidos cinamomos,
 verdescura corona 385
 de la eminencia que a vecina playa
 deja caer su manto de gramales
 y juncos odoríferos y aromos
 a hundirse del Gehón en los raudales.

XXII

Yace el laúd en el lozano césped. 390
 Absorta y errabunda
 del bardo la mirada
 en la espléndida bóveda y profunda
 de los cielos turquinos,
 aún le escucha Dioema enajenada; 395
 y anhelantes los labios purpurinos,
 altos sobre él y en éxtasis los ojos,
 la dicha en ellos... y en su queja enojos
 abandónase al brazo que circunda
 su talle delicioso y lo cimbreo, 400
 y quedísimos ruegos balucea...

XXIII

-Toma... ¡tañe el laúd! ¡Ah!, ¡si no me oye!
 ¡Ni fuiste nunca mío!... Y yo le veo
 Aún dormida... y le llamo...
 Y tuya, toda tuya... te deseo. 405
 En mí... por ti... por mí... ¡porque tē amo!
 ¿Qué escucha? ¡Ni me siente..., ni respira!...
 ¡Deja..., deja!... más blandos que los tuyos
 son abrazos de madre, y en los suyos
 ni me quemo ni ahogo... 410
 Noema te aborrece, te maldice
 porque me haces llorar..., porque derramo
 de lágrimas raudal, y desahogo
 así en su seno mi dolor... ¿Qué sueñas?...
 ¡Son tan bellos los ángeles!... ¿Qué hice, 415
 recelosa, severa, dura, esquiva...,
 para que sólo entre mis brazos viva?
 Muy hermosos los ángeles... ¡y cantan!
 ¿Que linda soy como ellos Sella dice?
 Sus fulgores a réprobos espantan... 420
 Son de espumas, de lumbre..., aromas y oro...
 Dormida yo los vi: cítaras tienen,
 alas de cisnes... ¡y a escucharle vienen!
 ¿Del sol? ¿De los luceros? ¡Ah! ¿De dónde?
 ¡No lo sé! ¿Sí lo sabes?... ¡No responde!... 425
 Dilo, dime, Rael... ¿Es de la luna?...
 Si tú no me amas... ¡no!, ¡nunca me amaste!
 Y mi amor de mujer ya te importuna:
 ¡vuélveme así a engañar cual me engañaste!
 Y en poseerlo el corazón se empeña... 430
 ¡Un ángel lo enamora, y me desdeña!

Bajan de noche... y con las sombras huyen.
 ¿Viniste tú de allá?... ¿Cuándo? Tu cuna
 de oro bello de Cólchida y marfiles
 meció la madre mía 435
 de Henoch en los pensiles,
 junto de aquellas torres que derruyen,
 hoscas, en pie, gigantes todavía,
 el simoún rabioso y las tormentas...
 Y allí vieron tus ojos luz del día. 440
 ¿Cuándo?... Si ayer no más, él rapazuelo
 y yo a su hombro, por los altos montes
 nos íbamos errantes...
 Y yo para sus sienes recogía
 convólulos azules como el cielo... 445
 ¡Ay!, ¡me amaras ahora como enantes!...
 Y mis pies, que jugando le negaba,
 con sus calientes labios enjugaba...
 tan risueños entonces... ¡tan amantes!
 ¡Desventurada! ¡Aymé! Sí: se figura 450
 acercar a su pecho la hermosura
 hechicera inmortal que le sonríe,
 que robe a mi amor y mi ventura.
 ¡No en mis brazos la invoque y desvaríe!
 En lágrimas se anegue mi sollozo... 455
 ¡No!... ¡Tu juguete soy, y ella tu gozo!
 ¡Despierta, que me ahogas!... ¿Qué murmura?
 Hijas de Seth así nunca nacieron:
 alas sólo de arcángel no tenía...
 ¡Dios quizá!... ¡Dios quizá!... Tu dulce madre, 460
 de nácar, bdelio y rosas parecía
 conjunto deleitoso... ¡hasta la dieron
 su sonreír las hadas!... ¡Ay!, ¡perdona!
 Ciega fui por tu culpa... ¿Qué me quieres?
 Ya tu esclava sumisa no ambiciona 465
 tanto bien... ¿Mis abrazos? ¿Muchos? ¡Mucho!...
 ¿Ves ángeles mirándome en la umbra?...
 A tus plantas mejor... Aquí te escucho...
 ¿Es verdad?... ¿Yo? ¿Verdad lo que profieres?
 ¿Qué del cielo en tus ojos se traslumbra?... 470
 ¡Si no el Dios de Lamech, su imagen eres!

XXIV

Corolas sacras de las brunas noches
 en las selvas del Indo, así despiden

luz y fragancias al romper sus broches,
 y al cálido aquilón besos le piden. 475
 De súbito Rael hundió en aquellos
 húmedos ojos que a la noche afrentan,
 de su espíritu ardiente y luminoso
 el raudal de vivísimos destellos:
 como dos universos que se miran... 480
 Los labios fuego alientan:
 dos nubes inflamadas que se tocan...
 Los pechos, casi ahogados, fuego aspiran:
 suspiros que nacientes se sufocan...
 Ya no se ven, no se oyen... Todo calla: 485
 no hay hoja que no tiemble en los ramajes,
 no hay inodora flor en los boscajes,
 no hay aura que no escuche... Y cuando estalla
 de Dioema en los labios suspirosos
 el infinito beso... se oscurece 490
 la noche estremecida,
 y los vela con tules vaporosos.
 Como en la mar el noto se adormece,
 al poder de los cielos ya rendida,
 cuando airada tormenta desfallece. 495

XXV

Esos labios, rubor en los oteros
 de los granados y claveles rojos,
 blasfemaron así como blasfema
 tu boca dulce y mía,
 tan dócil al reír de mis antojos... 500
 Más dócil que la boca de Dioema
 a los deleites de Rael sería.
 -Más tuya... ¡más!... ¡Hoy quema
 tan hondo tu mirada!...
 Dejárasme decir... ¿Lo dijo impía,
 ante aquel semidiós anonadada,
 mujer enamorada?
 ¡Yo siento y sé que la verdad decía!
 Esto... acerba piedad en la ironía
 que tu semblante plácido demuda... 510
 ¡Abrázame y sonríe!
 Perdónale a mi amor que te porfíe:
 ¡si yo quiero creerte, y sólo él duda!
 Y entonces... ¿cómo eres?
 ¿De la suprema voluntad creadora 515

hay un poder en ti que a humanos seres
 nunca les fue otorgado?
 ¿Amor? ¡Todo mi amor!... ¿El divo numen?
 ¿Fuego que purifica? ¿Germen...? ¿Tea
 que en la espantable oscuridad flagrea? 520
 ¡Yo lo sé! ¿Y antes?... ¡Antes! ¿Lo he soñado?
 ¿No es ilusión? ¿Tú sabes?... ¡Ya te creo!
 ¡Te amé!... ¡Mucho te amaba! ¡Me has amado!
 ¿Por qué de ti arrancarme pudo el hado?
 ¡Amor, germen y luz... yo te poseo! 525
 Ciega..., ciega te sigo;
 Y me alces a los cielos, o iracundo
 abismo de los réprobos devore
 lo que hay de humano en mí... mientras no lllore
 tu desamor el alma 530
 compadéceme y nunca... ¿Qué te digo?...
 ¡El Infierno mi Edén será contigo!

XXVI

-Espíritu que va de mundo en mundo
 por el espacio sideral inmenso
 de penumbra en penumbra 535
 do la incontable humanidad habita,
 es lo que amas en mí y en ti deslumbra:
 de la obra al Creador; de lo profundo,
 informe, oscuro y misterioso, surge;
 de amor divino y del amor humano, 540
 su esencia, forma y fin son el arcano:
 ledo, débil y torpe... ya suspenso
 al borde de la nada, es como el ave
 que implume, el vuelo maternal imita
 en el nativo soto 545
 y admira lo azulado y lo remoto
 del horizonte que cruzar no sabe:
 ya en ascensión gloriosa, ya en descenso...
 Ya indeciso se agita:
 ¿ama, obrero del bien? Es luz y canto. 550
 ¿Duda?... En noche de horror se precipita.
 Odia, genio del mal, e infunde espanto.
 Caído... ante el fetiche se prosterna.
 ¡La escala de Jacob es infinita!
 ¡La lucha de Jacob es lid eterna! 555

XXVII

-¡Yo puedo!... ¡No me dejes!... Ya diviso
 la senda luminosa que señalas:
 llévame de tu Dios al Paraíso;
 a ti y a mí nos servirán tus alas.
 ¡Estréchame en tus brazos!... ¡No supiste! 560
 ¡No sabes!... Le imploraba y él no quiso
 hacer contra tu amor mi virtud fuerte:
 llamándole mis labios... me venciste,
 y tu amante locura y tu contento
 eran mi orgullo y dicha... ¡y mi tormento! 565
 Sólo tú me quedabas... o la muerte:
 ¡todo mi amor para saciarte... o suya!
 ¡La eternidad sin ti!... ¡La vida y tuya!...
 Tu sublime demencia
 de amor, nunca en el mundo antes sentido, 570
 o lo espantoso de la tumba fría...
 ¡Tu maldición y olvido!
 ¿Podrá ser que destruya
 lazos que Dios formó la ley impía?
 ¿Podrase hacer que de tus plantas huya 575
 tu sombra bajo el sol del medio día?
 Álzame de tu Dios a la presencia:
 dile cuánto luché..., cómo inocente
 sobre el sepulcro de la madre mía,
 antes único amor de mi existencia, 580
 nació tu amor vehemente...
 Tal vez en mis ensueños anhelado,
 frenético, indomable...
 Dile que tú... que yo fui la culpable.
 Si él, piedad y clemencia, 585
 otro rebelde amor ha perdonado...
 ¿Mujer que mucho amó fue perdonable?
 ¡Como te amo, mortal nunca fue amado!
 Tu Dios es mi testigo:
 ¡llévame al cielo; sin temor te sigo! 590

XXVIII

-El que soles innúmeros inflama
 del espacio infinito en la tiniebla,
 y de mundos la puebla
 en que sus dones pródigo derrama;

el que creó más astros que burbujas 595
 hierven del torvo mar en los olajes,
 cuando iracundo brama
 espantoso en sus ímpetus salvajes...
 ¡Nos ve, nos oye, te bendice y ama!
 Son polvo rutilante de sus huellas 600
 en este cielo azul orbes y estrellas:
 a sus plantas, antorchas moribundas
 osorno erguido, a cuya sombra duermen
 las aguas opalinas de Llanquihue,
 y el Puracé de cárdenos fulgores, 605
 centinela de invictos lidiadores:
 su sonreír, las vividas auroras
 de setiembre fragante...
 Su bendición, la paz en las cabañas,
 de tu valle nativo en las montañas: 610
 su ternura y piedad..., aquellas horas
 de júbilo y amor desde el instante
 que tus labios altivos,
 orgullosos aún, mas ya no esquivos...
 Dijeron... ¿Qué dijeron? 615
 Juraron... ¿Qué juraron?
 A tu rigor traidores, sonrieron...
 Y después de mi dicha... suspiraron.

XXIX

Es urna de perfumes que traspora 620
 el excitante olor del nardo libio,
 y el bálsamo destila que atesora...
 Es el ambiente regalado y tibio,
 humano, virginal, que de sus senos,
 de vida y flores y de aromas llenos,
 en las campiñas de Pubén exhalan, 625
 del vespertino sol bajo los rayos,
 las vegas que, frondosos,
 recatan en sus sombras susurrosos
 los arrayanes y floridos mayos.

XXX

Duerme tranquila que tu sueño espío, 630
 Y en cambio sólo aspiraré tu aliento,

*cual en las siestas plácidas de estío
en los bosques del Maipo soñoliento:
no les temas al piélago bravío
ni de alta noche al huracán violento;
como mi alma en tus ojos, amor mío,
en la mar se contempla el firmamento.*

635

*-Dormir es ya no verte..., y es morirme
cuando más en mis ojos te embelesas;
es a otro mundo, sin llevarte, irme...*

640

*Hazme creer que te oigo como en esas
horas tan dulces... tu pasión decirme:
¡hazme sentir... soñar... que así me besas!*

FIN DEL CANTO PRIMERO

Freeditorial 